

ganos; última etapa de los excursionistas, aun cuando se siga otro salón llamado Infierno, que no se visita á causa de su piso muy accidentado y que tiene un kilómetro de longitud. Ocupa este el lateral izquierdo que comienza en los Organos y termina en el salón del Fraile, y toda esa travesía está sembrada de hermosas estalácmitas más relucientes que las que se miran en los demás salones, llegando algunas á juntarse con las bóvedas que se dice son las más altas de la Caverna.

¡Los Organos! ha sido tan encomiado y tanto se ha escrito de este salón, que creo absurdo agregar á lo dicho una palabra más; por otra parte, la copiosa y rica variedad de sus innumerables estalácmitas con que se tropieza paso á paso, no tiene orden que se adapte al criterio humano para ser narrada. En efecto: ¿para qué debilitar ese templo de indescriptibles bellezas, repitiendo que su vasta capacidad, de forma circular, mide un diámetro mayor de 300 metros; y que, debajo de esas bóvedas iguales en altura á las del Imperial, se alzan al Norte con una gallardía apenas soñada, las flamantes estalácmitas que lo dividen del Imperial, dando idéa de un gran edificio á medio construir? ¿Para que mencionar los lujosísimos bancos parecidos al alabastro y las formidables peñas que al Sur dán acceso al salón del Infierno, ni las pirámides gigantes del Este que tienen en señal de vasallage rendido á sus pies un coloso partido en dos mitades? ¿Y al Oeste? ¡ah! al Oeste la mayor joya de la Caverna, es decir, los Organos que dán nombre al salón y cuya incomparable belleza pareciendo de procedencia divina, hace suponer que los ángeles los hurtaron al paraíso haciendo de sus alas velo al Eterno. Tu lo sabes, María, son tres, y el del medio mayor que los que le están á los lados; son colosales, y en su magnitud extendiéndose de la bóveda al suelo, podríanse divisar desde una legua de distancia: mas, para contemplarlos en toda su vigorosa gallardía, es preciso subir á la altura en que están situados; entonces se ve aquella inmensa mole crecer por grados á medida que se mira, y al resplandor de las luces se distingue su gigantesca tubería descender de

lo alto para apoyarse sobre dinteles primorosamente cincelados, y relumbrar como si estuviera hecha de moléculas de cristal sobre las que se hubiera corrido un color oro claro. Luego, en su parte superior y por los lados, se mira contorneada de elegantísimas cortinas, así de livianas y recogidas, que se doblan sobre sí mismas como si hubieran cedido al soplo de una ligera brisa, para adaptarse á una armazón que debido seguramente á su color níveo, brilla con mayor intensidad; y los intersticios que separan uno de otro Organo, forman otros tantos deliciosos aposentos tan raros y caprichosos, que superan á toda descripción; hay uno, el de la derecha, cuyas filigranas que bajan delante de él á manera de gaza, parecen semivelar la entrada de un Templo.

Cuando desde ese palco escénico, se baja la vista para contemplar la magnitud de aquel asombroso anfiteatro, y se divisan las luces diseminadas allá lejos entre monumentos disimiles que á manera de concurso universal parecen erguirse á porfía para lucir sus artísticas bellezas, imitando arcos, pirámides, pórticos, torrecillas, estatuas, jarrones, canastillas, etc.; y cuando se oyen las voces y la gritería de los entusiasmados excursionistas, repetida en lontananza por el eco estrepitoso de la Caverna, un cúmulo de emociones se apodera de cada individuo, y en medio de desordenados movimientos cada cual sucesivamente llora, ríe y grita, sin que se dé cuenta del propio estado anormal, hasta que llega un momento en que todos hablan, preguntan y contestan de un modo tan simultáneo, que yendo en orden inverso las relaciones del diálogo, causa la mayor hilaridad.

Después de breves momentos, el Director nos relató que el año 1812 el insurgente Rubí fué derrotado por los españoles al mando del comandante López en Tecualoya; y que huyendo aquel jefe de la persecución que de cerca le hacían los soldados de la Corona, y salvado por una joven llamada Jacinta, se introdujo por la cueva del Sohanchi, que dista cuatro leguas del salón de los Organos, y á los tres días guiado siempre por la joven, salió por la entrada que hoy tiene la Caverna, para incorporarse en Cacahuamilpa con el

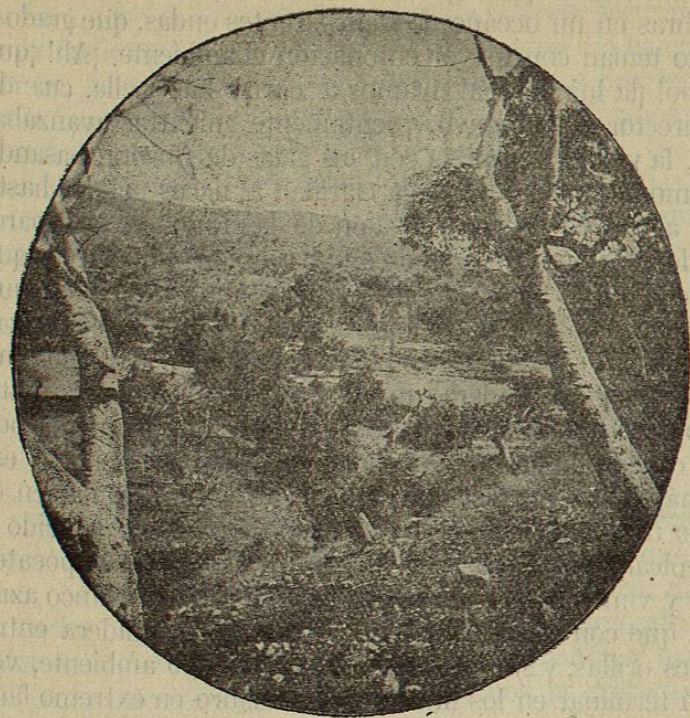
Gral. Galeana. Este hecho, agregó, hace creer que la Caverna no ha mucho se comunicaba con otras galerías, seguramente extendidas al S. E.; por hallarse rastros del río hacia ese rumbo. Luego, siguiendo los ensanchamientos progresivos de la Caverna, del salón del Chivo al de los Organos, nos hizo notar, que podía dividirse en tres sesiones; eso es: grande, grandiosa y grandiosísima; y que conforme las opiniones mas respetables, debiéndose su formación á un levantamiento de masas calcáreas, colocadas horizontalmente en los mares cretáceos, que después del levantamiento se desdoblaron y dislocaron, dejando de ese modo formado ese profundo cañón, no era lógico, ni cabia pensar, que allí donde se produjo el mayor vacío, en virtud del mencionado levantamiento, al sentarse las masas lo hubieran segado de plano y verticalmente, y por eso debía admitirse la consecución de las galerías.

Con las preguntas que se siguieron á esas deducciones, y con el completo de la historia referente á Jacinta que nos hizo, y de la que te haré por separado una heroina, dimos la vuelta y no descansamos hasta llegar á los umbrales del salón de la Aurora, en donde hizo alto el Director, y mandó apagar las luces para que contempláramos la Aurora cual se vé en la Caverna.

¿Cómo me explicaré para referirte siquiera algo de lo que vi? De pronto no vimos nada; mas, poco á poco se nos hizo sensible una ténue claridad, parda-oscura, que tímida y débilmente enrareciendo las tinieblas, como el gorgojo primaveral de la golondrina, parecía proceder de lejos, muy lejos, y de la retina bajaba gratamente al alma, cual esperanza que se divisa, cuando mayor desconsuelo infunde un peligro que se atraviesa. Un poco mas, y veíamos dibujarse en lo alto las grandes siluetas de las estalácmias, en lucha para contener la invasión de esa bruma luminosa, que lenta y progresivamente penetraba en las fragosidades de aquel espacio, realizando los contornos de los objetos, hasta tornarlos en vida; y paso á paso y en silencio, como si la voz quitara algo á la difusión de la luz, seguíamos á esa

estela, en tanto que, ligeras cual la niebla, desvaneciáanse las sombras en un océano de transparentes ondas, que grado á grado teñían con mayor entonación el ambiente. ¡Ah! ¡qué delirio! ¡la luz del día! ¡vamos á correr hacia ella, cuando el Director nos contuvo, y lentamente, mientras avanzábamos, la vimos adornarse con sus galas de Aurora, pasando por momentos de una vaga claridad al nácar pálido, hasta que, al dar vuelta para al salón de las Fuentes, se apareció de improviso inundando de viva luz al gran Arco que dá acceso á la Caverna. Mas, no era aquello el arco que habíamos contemplado al entrar; vimos como el comenzar de un día lejano á nuestro planeta; extender su fúlgida luz sobre una gran pradera, un vasto campo diré mejor, matizado de varios colores, y cercado á derecha é izquierda por una cadena de deliciosas colinas, que iban creciendo y estrechándose á medida que se alejaban, hasta formar en el fondo un elevadísimo cerro cubierto de nieves y parecido á un volcán, que podíase haber comparado con el Popocatepetl; y vimos de sus vertientes bajar un arroyo blanco azulado, que con serpentino andar recorría la pradera entre verdes orillas, y sin abandonar al perfumado ambiente, venía á terminar en los límites de un cuadro en extremo fantástico y arrobador. Ese fenómeno tan entraño é ilusorio, como puede serlo la refracción de la luz en sus manifestaciones más sublimes, nos detuvo extasiados algunos instantes hasta que, desvaneciéndose por grados y á medida que los objetos recobraban su forma natural, descendimos al salón de las Fuentes y atravesando el del Chivo, salimos de la Caverna con propósitos de volver á ella, para visitar el salón Virginia; mas, como si la luz del día hiriere con mayor fuerza nuestra retina, lo veíamos todo mas claro y transparente, cual si nuestra potencia visual hubiese aumentado. Tal es el efecto que producen en la vista las tinieblas, cuando durante muchas horas han sido incompletamente vencidas por la luz artificial.

La visita al salón Virginia, no puede hacerse directamente á la ida conforme vimos los demás salones; por hallarse



VISTA PANORÁMICA DE CACAHUAMILPA

en las eminencias del Campanario, suélese dedicarle un día aparte, y así lo hicimos nosotras; en consecuencia, nos trasladaremos nuevamente al salón del Volcán para de allí seguir nuestra incursión.

En los linderos de este salón y del Pedregal del Muerto, tomando el camino de la izquierda, se comienza á subir lentamente una cuesta pedregosa que camina al Sur y conduce al salón Virginia, ó mejor dicho, al salón del Nacimiento. Todo aquel trayecto contiene monumentos de gran mérito hechos por las filtraciones; mas, á medio camino, se distingue á la derecha una airosa estalácmita, semejante á una estatua esbelta que se hallara de perfil, dando el rostro al salón del Nacimiento, en actitud de marcha y tan bien acabada, que casi se distinguen en ella busto,

cuello, barba, y hasta su bien rizado cabello; á esa estatua le dicen sin querer "San Gaspar, el Rey Mago, en camino para la cuna de Jesús." Luego, al torcer á la izquierda, se entra á un precioso reducto circuido por paredes cubiertas de molduras salpicadas de pequeños cristales; estas paredes van prolongándose hasta terminar frente á una gran estalácmita de forma piramidal, en cuya parte alta, para que nada falte al conjunto, brilla una pequeña estalácmita superpuesta á ella, á la que llaman "Estrella de San Gaspar." Se dá la vuelta al célebre monumento para bajar á una pequeña hondura, y después se sube para volver á bajar á la entrada de la Nueva Bethleem, conocida antes por «El Nacimiento» y hoy por «Virginia,» debido á una circunstancia especial que te diré después.

Tiene el bíblico salón la forma de una gran concha algo recogida en su parte alta, y en su centro hállase una gran peña que sirve de mirador; desde allí, y en toda su superficie circular, se vé adornado de riquísimas esculturas, ya en forma de estatuas y jarrones y ya de columnas, torrecillas y obeliscos, que así como están distribuidos por escala, hasta terminar en las bóvedas, dan un golpe de vista tan excepcionalmente sensacional que se tiene por lo más hermoso, pintoresco, y por lo más bello de la Caverna. Maravilla ver los finísimos hilos rebordados, y diminutos como un cabello, enroscarse á esos tallos esculpidos con tan escrupulosa maestría y sutileza, que se pierden de vista las curvas y los toques del cincel; el arte más severo nada podría exigir á ese prodigioso anfiteatro, en donde todo reluce y todo brilla con una nitidez y con una intensidad tan extraordinaria, que me hizo llamar á esos monumentos, Estalácmitas Olímpicas.

Dán acceso al departamento dos entradas: la una al Norte y es por la que entramos, y la otra al Oeste, procediendo de las eminencias de la estalácmita llamada Campanario, en cuyo costado Este se halla el salón; su superficie está formada por peñas superpuestas, y sus dimensiones ocupan aproximadamente 50 metros de diámetro.

Si apartándose del centro se contempla el salón desde la

entrada Oeste, véanse primeramente los obeliscos laterales que lo adornan casi en su dintel, distinguiéndose el de la derecha por sus colosales proporciones, y los dos por la caprichosa entonación de sus relieves. En seguida, se mira allá en frente la excelsa y elevadísima estalácmita llamada «El Nacimiento», que cuando se alumbrá con luces dispuestas en orden lineal y por escala, vista desde ese dintel, causa la impresión de un lujosísimo y fantástico altar, erigido en la parte dominante de un vasto templo, decorado con esplendor. Tomando á la derecha, se pasan de trecho en trecho algunas columnas bien ordenadas, que parecen formar una pequeña nave, á cuyo termino, y en el ángulo Sur, se entra á una limitada capacidad, rodeada de jarrones y cipreses como puestos allí para resguardar con asidua solicitud una preciosísima estalácmita, de forma lapidaria y tersa, sobre la cual saltan los destellos de mil brillantes, que diríase se han engastado en su negra superficie para contrastar vivamente con la nivea blancura del ornato que la circuye. Cuando se mira esa loza inclinada de Oeste á Este, y extendida en el centro de aquella misteriosa celda, no se sabe definir si se parece á una lápida mortuoria, ó á una rica plancha, armada sobre un lujoso catafalco. Esculpido sobre esa loza está un nombre «Virginia», como hoy le dicen al salón; y la mano que lo ha trazado, sobre esos caracteres, depositó los dulces sentimientos que germinaban en su corazón; mas, por mucho que se quiera recordar allí un idilio efímero, la mente se clava sin querer en la severa disposición de aquel recinto que la trae á profundas meditaciones; y cual si una brisa etérea, se esparciera por el ambiente, perfumando de ambrosia el alma, movidos por una ansia trémula, despléganse los labios para á medio decir, murmurar dulcemente: «Sepulcro de Jesús».

De aquella mística tumba nos dirigimos á la grandiosa estalácmita, conocida por «El Nacimiento»; arranca ella desde el suelo, y como si quisiera ofrecer al *Eterno* el *Niño Holocausto*, no se trunca hasta subir á considerable altura, en donde termina en una superficie plana, sobre la que se halla construido el altar. Está éste formado de asi-

métricas y delgadísimas columnas, que se remontan hasta juntarse con una graciosa estalactita que baja de la parte alta y avanza para apoyarse en ellas á guisa de palio; y le está detrás una celdilla con un metro de radio, en cuyo centro hállase una blanquísima estalácmita, que algunos llaman El Arca Santa, y otros le dicen la Cuna del *Niño Dios*; ¡Aturde ver la fastosa magnificencia de aquellos señoriles ornatos que partiendo del altar, á manera de arcoris, se extienden en toda la Nave, embelleciéndola de formaciones que no se relacionan con ninguna de las que produce el genio humano! Cuando desde las eminencias del Nacimiento, se mira esa oleada de apariciones que, á manera de procesión, parecen formarse para desfilar frente al Altar, con objeto de rendirle culto, se cree que la Divinidad, apartándolos de las inconstancias humanas quiso perpetuar en ese aposento la memoria de los misterios de la Redención.

No: en ninguna otra parte podrá existir tan insólito Altar de Nacimiento, que en tan regia Nave se adorne de prodigios superiores como aquí se ven casi girar en derredor de una fulgente cascada de perlas y diamantes, que parecen desprenderse del místico altar, para en ondeantes cintas bajar hasta el suelo, en forma de luminoso cortinaje; ni en ninguna otra podríase adaptar mejor la mente humana á profundas reflexiones, ni palpar con mayor evidencia los arcanos de la Naturaleza, para traerlos consigo á comparación, y medir por ende su mísera pequeñez.

Dando un adiós indefinible á esas bíblicas imágenes, que de su extraña existencia nos dejaron un recuerdo imperecedero, regresamos no sin mirar frecuentemente á esa Bethleem fascinadora, hasta que al llegar á S. Gaspar, que camina perpetuamente para el Nacimiento, la perdimos de vista, y á pasos rápidos salimos de la asombrosa Caverna.

México, Junio 28 de 1899.

Tu amiga

Elvira.

ERRATAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
5.	13.	ansiar de levantarlas	tal vez de levantarlas
5.	14.	tal vez conocer	ansian conocer
6.	10.	recorer	recorrer
9.	15.	andarnos, disuadió	andar, nos disuadió
10.	3.	recinto, cerrado	recinío cerrado.
10.	30.	permítie	permite
11.	12.	gazas	gasas
41.	24.	es, parcidas	esparcidas
43.	29.	nerecidas	nereides
45.	18.	y, todas	y á todas
45.	30.	á un inmenso	un inmenso
46.	25.	pasa en su	en mí
46.	26.	ide	de



A. TENORIO PINTÓ.

Vista interior de la salida de la caverna de Cacahuamilpa desde el salon de la Aurora.

LITOF. DEL TIMBRE